

Daniel Mordzinski

Las muchas vidas de un hombre íntegro

Juan Villoro

Los escritores parecen tener en nuestra época una vida pública mucho más activa que en tiempos pasados, al grado de que sus rostros se han vuelto notoriamente más conocidos, incluso que sus libros. Ante ese fenómeno, ¿cómo presentar de otra forma, con mayor imaginación, la personalidad de los escritores? Esta difícil hazaña la ha logrado el fotógrafo Daniel Mordzinski.

Ramón López Velarde pedía a la patria que fuera “fiel a su espejo diario”. El fotógrafo Daniel Mordzinski encarna ese reiterado sentido de la identidad. En las más variadas circunstancias tiene una insólita manera de parecerse a sí mismo. Rigurosamente vestido de negro, con barba pelirroja a la Van Gogh —nunca muy corta ni muy larga—, mantiene el temple para encontrar el mejor ángulo en el caos de la vida diaria.

Mordzinski es un solo hombre y muchos fotógrafos. En ocasiones ha utilizado seudónimos para trabajar al mismo tiempo en varias publicaciones, y ha encontrado un sello distintivo para cada uno de esos nombres. Al modo de Pessoa, inventó heterónimos tan genuinos y contrastados que en caso de reunirse se retarían a due-

lo. Sólo el pacífico Mordzinski es capaz de conciliar en su seno a tan variados temperamentos. En él conviven el dramático corresponsal de guerra, el bucólico paisajista del horizonte y sus neblinas, el arquitecto de inauditas geometrías, el cazador de exclusivas noticiosas, el retratista de celebridades y el alocado antropólogo que entiende la costumbre como un *happening*. ¿No son demasiadas personalidades para un solo hombre? Por supuesto que sí. La gracia de Mordzinski consiste en sobrellevar con feliz tranquilidad su copioso mundo interior. No es casual que lleve el nombre de Daniel, como el tocayo bíblico que mantuvo el aplomo ante los leones. Su emblemática sonrisa es el sorprendente resultado de quien lleva por dentro los rasgos de carácter que por lo gene-

ral no encarnan en una sola persona, sino en todo el elenco de la Agencia Magnum.

Aunque esta versatilidad lo distingue en los más agitados confines, ha encontrado un eje inquebrantable, una estable región para mirar que ya pertenece a su meta-bolismo. Su fecunda dispersión creativa ha sido, en cierta forma, el boxeo de sombra para retratar escritores.

Se trata de una curiosa elección. En su novela *Mao II*, Don DeLillo refiere la historia de una fotógrafa que desea retratar a un autor recluso. Él juzga que este deseo es no sólo invasivo, sino casi inmoral. ¿Qué puede mostrar alguien cuya única “acción” consiste en perder pelo ante el teclado? La vida de un novelista está en sus personajes.

Mordzinski se ha propuesto revertir esta tendencia y entender a los autores como personajes. Suele ser el único que ha leído a todos los novelistas reunidos en un congreso. Es el que primero se levanta (y despierta a quien lo solicita) y el último que apaga la luz. El testigo necesario para que las cosas sucedan.

Sus habilidades para ganarse el aprecio de gente veleidosa son infinitas. Al inaugurar una exposición de Mordzinski en el Palau Robert de Barcelona, Enrique de Hériz dijo que, en el caso de las fotos de escritores, la mirada del fotógrafo depende del oído. Daniel escucha para domar a los leones. Los profesionales de hablar de sí mismos se sienten cómodos ante su cámara. “Es como estar con un pediatra”, comenta Rodrigo Fresán: “no hay modo de no confiar en él”.

El retratista se mueve con soltura entre las neurosis de la vida literaria, pero su capacidad de convencimiento se extiende a todas partes. Coincidimos en París cuando las cenizas del impronunciable volcán islandés Eyjafjallajökull impidieron que los aviones despegaran. En un par de horas los boletos de tren se agotaron y nos encontramos en una ciudad sitiada. La madre de Daniel debía viajar con urgencia. Él se dirigió a la terminal como si fuera a hacer un retrato y convenció a los ferroviarios de que le dieran un sitio a una mujer que no tenía boleto, pero tenía un hijo de irresistible retórica.

He asistido a numerosas sesiones fotográficas con este maestro de la táctica suasoria. Nunca lo he visto forzar a nadie a quitarse la camisa o subirse en un banquito. Después de hablar con él, sus modelos hacen por cuenta propia y con repentino entusiasmo lo que en principio les parecía raro. En el futuro, los psicólogos de la conducta podrán analizar si la resistencia de los escritores era muy baja o la capacidad de seducción de Daniel muy alta. Por ahora podemos decir que no hay fotos de J. D. Salinger porque no conoció a Mordzinski.

Llegamos a una subdivisión de su trabajo. Mordzinski ha logrado retratos de luminosa sobriedad. Sin otro foco de atención que la escritura del tiempo en una cara, ha

© Daniel Mordzinski



Ernesto Sabato

dejado indelebles estampas de Amado, Borges, Mutis, García Márquez, Vargas Llosa y tantos otros.

De manera paralela, practica una travesura visual que llama “fotinski”. Aunque la realidad siempre es arbitraria, no siempre es fotogénica. En tales casos, el retratista recompone el entorno con vistosa dramaturgia. Saca un fusil, un foco, un gancho de ropa, un balde de agua, un capote de torero y crea una “situación”. Estas fotografías van de la ironía a la autoparodia. Tomadas en serio, tal vez representarían un álbum psicoanalítico. Pero no hay el menor afán de escarnio en estas puestas en escena; se trata de un juego: literatura imaginada.

Mi variante favorita de la “fotinski” es en la que no se advierte la intervención teatral. Un ejemplo resume esta habilidad. Al finalizar una cena en Managua, Da-

niel quiso hacer una foto de grupo. Estábamos en el salón de un hotel, idéntico a tantos otros. ¿Qué hacer en ese escenario de platos sucios y autores cansados? El fotógrafo nos mostró una servilleta con la acrecentada gestualidad de un mago. Luego la lanzó al aire. Nos retrató viendo al techo, pero lo decisivo es que la servilleta no apareció en la foto. Al sustraer el pretexto que atraía nuestras miradas, se creó una situación única: la teatralidad no estaba en la prenda al aire; estaba en nuestras caras.

Un rasgo esencial de su trabajo: la velocidad de operación. Incluso en las fotos más elaboradas, que inclu-

yen disfraces, objetos raros y algún caballo, despacha la sesión en cuestión de segundos.

Su colega mexicano Manuel Álvarez Bravo se caracterizaba por la lenta espera de una oportunidad. Nadie sabía que estaba fotografiando; miraba el mundo hasta que un prodigio llamaba su atención y tomaba la cámara. El oportuno lema de esta estrategia era: "Hay tiempo".

Mordzinski pertenece a otro sistema. Su mirada es la impaciencia de un hombre calmado. El saldo de ese trabajo son fugacidades duraderas. El extravío de su incommensurable archivo en las oficinas de *Le Monde* representó un agravio: una eternidad hecha de instantes, la memoria comunitaria, se había esfumado.

Ningún artista se repone del todo a la pérdida definitiva de gran parte de su obra. Una vez más, Mordzinski mostró entereza. Tomó la cámara y transformó el dolor en luz.

Siguiendo el precedente de Cortázar, al que tanto ha evocado en sus imágenes, Daniel Mordzinski dejó Argentina en su juventud para instalarse en París, pero se llevó su país a cuestas. Su interés por los autores de su tierra supera al de los ojeadores de las ligas europeas que fichan *cracks* argentinos.

Con los años, su capacidad de pertenecer a la distancia se amplió a España y toda América Latina. Hoy en día un acto literario sólo parece real si él está presente.

El amigo, el cronopio, el testigo imprescindible, está al otro lado de esta página.

© Daniel Mordzinski



Quino

© Daniel Mordzinski



Leila Guerriero